

ró un poco las flores, y descubriendo la lápida é inclinándose, estampó en ella un piadoso beso.

—¡Hermanito mío!—exclamó por lo bajo en un suspiro.

Albina la estrechó entre sus brazos con efusión. Desde aquel día la profesó un cariño tan profundo, cual si la hubiera llevado en su seno.



XXIII

El señor Frédel había muerto de una bronquitis; quince días después siguió su esposa, incapaz de vivir sola después de haber participado de todo, durante treinta años, en compañía de aquella mitad de su alma.

Tuvo una muerte tranquila, pues Albina no le había comunicado ninguno de sus amargos disgustos, y la madre, alejada del movimiento parisiense, ignoraba los rumores relativos á Félix; la joven pues había tenido el consuelo de ahorrarse á sus ancianos padres el pesar de saber que era desgraciada.

Proporcionóle cierta tranquilidad de espíritu el verse libre para obrar, cuando el silencio resignado que hasta entonces guardaba le pareciese intolerable. Más de una vez tocó á este silencio y á esta resignación de cobardía; más de una vez la amargura de sus ojos había querido asomar á sus labios, pero siempre calmó su cólera pensando en los dos ancianos, á quienes una ruptura les habría llenado de desesperación. En el pensamiento de los señores Frédel, una separación sería una catástrofe sin nombre: el escándalo, la opinión pública, la prensa...

Albina nunca pudo abrigar con sangre fría la idea de causarles semejante dolor; rechazando el ardiente deseo de ponerse en libertad, que á veces la atormentaba hasta el punto de ponerla enferma, se había propuesto no pensar en

él mientras sus padres viviesen. Ahora ya era libre; pero esta idea, como á menudo acontece, la indujo á tener más paciencia. A cada nueva calaverada de su marido, se sentía más apartada de él; el amor que la habia sostenido tanto tiempo, haciéndola sufrir tanto, cayó por fin de su alma hecho girones, pero á medida que sufría menos, las consideraciones exteriores tomaban mayor parte en sus juicios, haciéndola comprender que á pesar de todo, más honrada estaría en la casa conyugal que fuera de ella, reflexión que le hizo soportar todavía multitud de secretas humillaciones.

Coco pasaba á su lado dos meses todos los años; ésta era á la sazón una muchacha, siempre delgada y muy morena, pero fresca y casi linda. Sus hermosos ojos negros y sus blancos dientes animaban su rostro, y ya no tenía ninguna semejanza con un cuervo. Hizose muy amiga de Juana Maison, la cual también habia pasado seis semanas, las más grandes de su vida, en Etretat.

A principios de invierno, Albina preguntó á Desroches si haría bien en alquilar el hotel. Desde la muerte de sus padres apenas encontraba atractivos en aquella casa, que le traía á la memoria tristísimos recuerdos. Desroches se asombró de tal idea é hizo cuanto pudo por disuadirla de ella. ¿Qué sería de él sin la proximidad de su vecinita? En Paris apenas se ven las personas conocidas. ¡La vida está tan llena de toda clase de cosas! Además, los Armor eran la mitad de Etretat.

—Tomo el cumplido por mí, pues seguramente no va dirigido á Félix—le dijo Albina sonriendo.—Creo que en cuatro años no ha pasado cinco semanas en Etretat.

—Si... ¿qué quiere usted? las representaciones de Bayreuth, las ejecuciones de su sinfonía en Alemania y en Bélgica, todo eso ocupa.

Ella sonreía con un aspecto tranquilo y filosófico, que significaba: ¡No se canse usted! Desroches se detuvo.

—Vamos á ver—dijo en una voz baja—¿es completamente imposible?

Albina nunca habia hablado á nadie de su situación; esto fué como una gran marejada que rompe todos los obstáculos.

—¿Imposible? ¡Indigno! He aquí la palabra. Corre por todas partes sin dirección fija, no haciendo del amor un sentimiento sino una diversión; vuelve, sin embargo, todos los días, pero uno cualquiera no volverá y entonces me iré yo, amigo mío.

—¡Albina!—exclamó Desroches espantado.

—¡S! me iré; permanezco en casa para ser respetada en ella, pero si el hogar doméstico es un albergue que utiliza cuando no sabe adónde ir, me iré.

El poeta no respondió; ¿qué podia responder? Al cabo de un instante repuso:

—Su danza pantomímica será representada dentro de un mes; esto puede ser para él un azar de la suerte que cambie por completo sus ideas y costumbres, apasionándose de nuevo por la música.

—¿La música? Ya no trabaja casi nada. Se volverá loco, loco, ¿entiende usted, Desroches? No se puede atender á la vez al trabajo y al placer, como ha venido haciéndolo de dos años á esta parte; ¡bien lo sabe usted!

Hablaba por tiempos; tenía los labios extremadamente pálidos, los ojos hundidos y toda la faz tan descompuesta, que Desroches no pudo menos de compadecerla.

—¡Qué lástima que su hijo de usted no haya vivido, Félix hubiera sido entonces otra cosa.

—¿Ha olvidado usted cómo nació y cómo murió Juan? Félix no es para la vida doméstica y hay que lamentar que se haya casado. ¡No por él—añadió con amarga sonrisa—no por él, sino por los demás.

—¡Válgame Dios, qué disgusto tengo! usted le ama todavía...

Ella le miró con cierta desconfianza; luego se echó á llorar.

—Creí que todo habia concluído—dijo con voz entre-

cortada—pero tiene usted razón, hay todavía algo... que no podré arrancar de mí sin un nuevo pesar.

—Hija mía, no sea usted tan dura con él y consigo misma... puede corregirse; todavía le esperan á usted días felices. Cuando tenga más edad... ¡Si supiera usted cuánto se cambia con los años!

—Cambiarán los que lleguen á envejecer, no lo dudo; pero Félix no se hará viejo. ¿Le ha reparado usted?

Desroches recordó el cambio que efectivamente había experimentado en pocos años. Sus hermosos cabellos estaban bastante encanecidos; los ojos adquirieron un brillo demasiado vivo; el color de la tez era barroso y los labios habían perdido su frescura; era verdad, la decadencia física del compositor había acompañado á su decadencia moral.

Un instante se representó el poeta á su amigo en toda la lozanía del día de su boda. ¡Qué cambiado estaba ya!

—Usted es hermosa—dijo Desroches siguiendo el hilo de su idea—y lo será siempre. Yo ya no existiré; pero otros habrá para admirarla. ¿Tiene usted muchos adoradores, Albina?

—¡Lo ignoro!—dijo sonriendo á pesar de su tristeza. Eso me interesa muy poco.

—Que yo sepa tiene usted uno y se lo recomiendo. Sea usted buena para con él... ¡Oh, no tenga usted miedo, nunca le dirá nada! ¿No acierta usted?

Albina le miraba con asombro.

—Lorenzo Pontet... mi amigo. ¿Le ha olvidado usted ya? ¡Pobre muchacho! ¡Ignora usted hasta su existencia!

—No; le veo todas las semanas; viene aquí desde hace mucho tiempo. Si Félix le visitara más á menudo, Pontet se hubiera hecho de casa..... Dígame, no es en serio lo que usted...

—¡Lo más serio del mundo! Está enamorado de usted; pero aseguro que ni él mismo lo sabe.....

—¡Ah!—exclamó Albina sonriendo entre un suspiro de consuelo.

Agradábale más no tener que alejar de sí á nadie; el respeto y el afecto de cuantos la rodeaban era necesario á su vida.

—¡No vaya usted á revelárselo, porque le causaría un disgusto mortal! Usted no conoce esas naturalezas. Lorenzo moriría de remordimientos y de desesperación si supiera que amaba á una mujer casada, y sin embargo, adora á usted.

—¿Y bien?

—Nunca le hablaré á usted de ello; pero usted puede servirse de él como de un fiel perro, y se tendrá por muy dichoso. Luego se casará y andando el tiempo llegará á comprender que estuvo ardientemente enamorado de usted; pero como esto era en el pasado no tendrá ya remordimientos y continuará adorándola. ¿Se ríe usted?

—¡Es tan gracioso lo que usted me cuenta!

—Le digo á usted que no conoce esas naturalezas! Es bueno y fiel como un perro del monte San Bernardo. ¿No tiene usted perro, Albina? ¿Cómo es eso?

—No lo sé...

—Quiero regalarle á usted uno. Un amigo mío tiene una perrita blanca encantadora y le pediré una de sus crías. ¿Cómo la quiere usted?

—¡Blanco!—dijo espontáneamente la joven—pero que sea perro.

—Muy bien—respondió Desroches—será usted servida. Alguien llamó ligeramente á la puerta.

—Adelante—dijo Albina.

Juana entró llevando una preciosa canastilla, regalo de la señora Maison. Desroches la miraba estupefacto.

—¿Quién es esta niña?—dijo por lo bajo á la joven.

—Mi hija; ¿no la conocía usted?

—No; pero en serio, ¿de quién es esta niña?

—Es la hija de los señores Maison, que viven en la es-

quina de la calle de Boulogne—respondió Albina.—¿Qué puede importarle á usted esto, Desroches?

—Me importa . . . porque tiene un parecido prodigioso con usted;

—En fuerza de amarme—respondió suspirando.—Vete, querida mía, da las gracias á tu madre.

Juana salió, Desroches, sin salir de su estupefacción, miraba la puerta que acababa de cerrarse.

—¿Qué edad tiene?

Albina se echó á reír.

—¿Va usted á creer ahora que he ocultado esta niña? tiene la edad de Juan, con una diferencia de días, y se llama Juana. La conocí cuando vine á vivir á esta casa. ¡Si la ha visto usted veinte veces!

—No me había fijado en ella. ¡Y usted tan disimulada que no me ha dicho una palabra!

—Era una idea exclusivamente mía.

—¿Qué dice Félix de eso?

—¿Félix? Le tiene sin cuidado. Se burla de lo que él llama mis pobres. Esa semejanza que usted ha encontrado al punto, le ha pasado completamente desapercibida

—Bueno—dijo Desroches levantándose—traeré á usted el perro así que lo desteten. Pero antes es preciso que nazca.

—Gracias. ¿Cómo está su hermana de usted?

—Mal. La pobre Coco quedará huérfana uno de estos días. . . Adiós, vecinita; sea usted amable con su enamorado, que bien lo merece.



XXIV

Lorenzo Pontet no dejó de presentarse al viernes siguiente en casa de Albina, como lo hacía todas las semanas. Advertida por Desroches, la joven trató de observar, y, en efecto, reconoció la exactitud de su advertencia: en la discreción, en el silencio de Lorenzo, en la prontitud con que respondía á sus menores palabras, se notaba la muda adoración de aquellos cuyo amor es todavía un secreto hasta para sí mismo.

Cuando ella le hablaba, enderezábase un poco sobre su asiento, merced á la atracción que sentía, como si el rostro de aquella mujer hubiera sido un imán irresistible; la miraba con frecuencia, mas no durante mucho tiempo; la contemplación es el atributo esencial del amor consciente. De una sola ojeada, Lorenzo se cercioraba de su presencia, viendo la expresión de aquel rostro amado, y fijándose al instante en otra cosa, cual si no hubiera estado enamorado.

Albina experimentó pronto por el joven una profundísima amistad; éste, con su adoración discreta, rendíale un homenaje de que jamás había sido objeto.

Una de las cosas que más deliciosamente halagan el corazón de la mujer delicada, es el amor mudo é inconsciente de un hombre que huiría de ella si se diese cuenta de sus sentimientos. En sociedad, hay veces que un amigo se retira del círculo de sus conocimientos, dando apenas señales

de vida durante meses enteros y acaso durante años; esto no obstante, cada vez que se le ve, hállasele tan afectuoso, haciéndose recordar sin presentarse, á la manera que el sol deja sentir su calor al través de las nubes, sin ser visto.

¡Dichosa la mujer que sabe apreciar el valor de semejante deserción, y cuando la aprecia, dichoso el hombre que supo merecer el reconocimiento que va unido á tal abnegación! Entre estas personas, el tiempo se encarga de crear el encanto de las amistades sinceras, donde nada ha empañado en lo más mínimo la dignidad, y á cuyo calor nace una dicha inmaculada. Lorenzo no intentaba desterrarse, dado que no tenía noción exacta de lo que por él pasaba. Regocijábese en el actual momento con una tranquilidad infinita, encontrando á Albina hermosa, buena y conmovedora en su inmerecido desamparo, que conocía por Desroches; la deseaba muy dichosa, mas preferíala infortunada, porque feliz, Armor hubiese estado siempre junto á ella.

Viéndola acompañada de Juana, parecíale más conmovedora, más tierna, más al alcance de su afecto.

Necesitábase la severa educación y la influencia de una áspora juventud pasada en la montaña, entre una familia donde cada cual se había acostumbrado á dominar su alma y sus sentidos, para que un hombre como Lorenzo Pontet, en pleno París, pudiese experimentar y conservar tales sentimientos; pero las faltas y debilidades del prójimo tenían lugar en torno suyo sin lastimarle, como el torrente se revuelve y agita al rededor de inquebrantable roca.

Apercibióse al fin del cambio de Albina para con él aunque aparentemente fuese la misma, su voz y la manera de hablarle atestiguaban más cordialidad, y se sintió orgulloso, pensando haberlo merecido por su ilimitada abnegación. La clase de afección que por ella sentía, no era de las que aumentan poco á poco, sino que desde los primeros días le había consagrado lo mejor de su alma. Algo de más confianza, casi de ternura, se unió á la estima que mutua-

mente se tenían, constituyendo el fondo oficial de sus relaciones; por lo demás nada cambió.

A la sazón Albina necesitaba, más que nunca, hallarse rodeada de amistad, pues acababa de sufrir otra prueba más humillante, ya que no más ruda que las otras. Ciertos modales y ciertas respuestas de su doncella, linda muchacha recién entrada en la casa, le habían llamado la atención, y creyó observar en ella algunas impertinencias particularísimas, no comprendidas todavía en su catálogo de ama de casa acostumbrada al modo de ser de las sirvientes. Poca vigilancia necesitó para ver confirmadas sus sospechas. Sin decir nada á su marido, despidió á la muchacha, y el mal humor manifestado por aquél, hubiera acabado de convenecerla si ya no lo estuviese de antemano.

Albina no dirigió un reproche, ni siquiera la menor alusión á la persona bien pronto reemplazada.

Esto era lo que exasperaba á Félix, que hubiese preferido violentas riñas seguidas de reconciliaciones próximas; pero estas reconciliaciones era precisamente lo que su mujer temía más que nada. Su dignidad y su pudor de esposa habían sufrido mucho viendo las pasajeras ternuras de su marido renacer de la dulzura del perdón; perdonábaselo todo con tal que no se aprovechase de aquel conciliador beso que le servía para prevalecerse de su derecho de esposo. Ella quería que si Félix buscaba hacer las paces fuera con sinceridad, espontáneamente y no arrastrando por el engañoso impulso de una emoción momentánea, hija casi siempre del abandono ó de la traición de alguna otra mujer.

Albina había apurado esta copa hasta las heces, pensando que su rigor pudiera provocar en su marido una sobreexcitación peligrosa, pero á la larga se había revelado su dignidad; por lo demás, Armor no era peor ni mejor; inconsciente de su estado moral lo mismo que de su decadencia física, se sumergía cada vez más en un cenagal de don-

de ella no podía sacarle y en donde debía perecer ya que lo quería. Ella se guardaría de las salpicaduras.

Después de haber sido despedida la doncella, Armor dió algún tiempo de descanso á su vida desordenada. ¿Había comprendido la avilantez de su conducta, ó era esto una causalidad en su naturaleza, feliz á pesar de todo? Dedicose de nuevo á trabajar.

A última hora se había apercibido de que su danza pantomímica debía sufrir importantes modificaciones antes de ser puesta en escena, lo cual le obligó á escribir otra vez casi todo el segundo acto en ocho días, con un numen digno de su juventud.

Esto proporcionó poca alegría á su mujer, que tuvo esperanza de reconquistarle. No porque esperase algo del amor; el suyo estaba muerto, pensaba Albina, y reemplazado por afectuosa y profunda lástima; pero hubiera querido salvar su genio y sabía que sólo el trabajo coronado de éxito podía luchar contra los malos instintos de Félix.

Por fin se representó la pantomima, y, aunque tenía bellisimos paisajes, sufrió un fracaso mayúsculo. La opinión pública, que había perdonado todo á Félix, hasta su pereza, tuvo uno de esos cambios que parecen injustos y que en realidad no lo son tanto como parecen.

Si hubiera producido una obra excelente, le hubieran elevado hasta las nubes, pero como sólo era bastante buena, le arrastraron hasta las gemonias, haciendo así pagar al autor la defraudación de tantas esperanzas, y acaso de tantas indulgencias, que rayaban en la debilidad.

El golpe no pudo ser más rudo para el compositor. Además de que rara vez puede uno juzgarse á sí propio, Armor había puesto todas sus ambiciones en esta obra, no sintiéndose capaz de hacerlo mejor; la injusticia, en parte real, del público y de la prensa, podújole una sangrienta herida por la cual se escapó todo su ánimo de artista.

— ¡Está bien!—dijo—no trabajaré más, y me dedicaré á

divertirme;—cumplió su palabra, y Albina, cansada y desligada moralmente de él, le hubiese abandonado á no sugerirle su instinto de mujer la idea de que el abandone en tan crítico momento, sería cobarde al menos en apariencia.

Aguardó... ¿qué? Lo ignoraba; lo que aguardan todos los desgraciados, una alegría ó una catástrofe que cambie el curso de la vida para mejor ó para peor, que poco importa esto con tal que el cambio exista.



XXV

Desroches entró una mañana á eso de las once en el cuarto de Félix, donde Albina, ayudada por Juana, se entretenía en colocar ramas de mimosa en unos floreros del Japón; la niña alargaba las flores á su amiga, que las disponía con gusto, y en tal faena ambas, formaban un lindo grupo. El poeta, que habia entrado como de costumbre, sin hacerse anunciar, se detuvo á la puerta para contemplarlas, hasta que Albina, observando su presencia, le hizo seña de que entrase.

—Traigo dos cosas—dijo ocultando la mano derecha;— una noticia que luego diré, y.....

—¿Qué?

—¿No lo adivina usted? Tenia ofrecido algo....

Juana, que habia adquirido alguna confianza con Desroches, se aproximó para ver. Un sonido extraordinario hizo zola retroceder; después, llena de alegría, exclamó:

—¡Un perrito!

—¡El mío!—dijo Albina riendo;—ya no pensaba en él, aunque hace mucho tiempo que le esperaba; creí que habia usted olvidado el ofrecimiento.

—Los de Septiembre no eran dignos de usted; pero ahora espero haber satisfecho sus deseos. ¡Hé aquí!

Presentando su mano derecha mostró un perrito encantador, de nariz obtusa, ojos oscuros, rosadas patitas y en-

sortijada lana, que más que animal de veras parecia una obra de confitería. Juana, golpeando sus manos, saltaba alrededor loca de alegría, hasta que Desroches lo puso sobre las rodillas de Albina que se habia sentado al efecto.)

—Tiene tres semanas, nunca se ha separado de su madre. Hágame usted contraer desde un principio buenas costumbres, porque es muy enojoso [tener que enfadarse con ellos más tarde....

Su rostro adquirió una expresión picaresca, [mientras que añadía en voz baja:—¡Como los maridos!—Albina sonrió melancólicamente; [el suyo no habia sido bien educado sin duda!

El animalito la miraba con mucha [atención, pareciendo inspeccionar su fisonomía; después de este examen, pudiendo apenas tenerse en pie, meneó la cola y lanzó un débil ladrido de alegría, que produjo en Juana una explosión de risa.

—Está usted adoptado—dijo Desroches;—ha sido usted de su agrado, es un perrito de gusto. ¿Qué nombre va usted á ponerle?

Albina se volvió hacia Juana, que [avergonzada de haber reído tanto, se levantaba del diván arreglándose el vestido como para tomar aspecto de corrección.

—¡Tom! [respondió con prontitud la niña.

—¡Vaya por Tom!—dijo Desroches;—es un nombre fácil de pronunciar. ¿Está usted contenta, Albina? ¿Ya tiene usted en qué ocuparse. De aquí á dieciocho meses me maldecirá usted á menudo, pero después.... En fin, solamente un perro puede consolar á vd. de la humanidad en este mundo.

Tom, hecho una bolita, dormía sobre las rodillas de su dueña, con absoluto olvido del universo.

—Tráele leche y un poco de pan—dijo Albina á Juana, que salió al instante.—¿Y la noticia?—preguntó á Desroches.

—Que mi hermana ha muerto; apenas me aflige esto, per-

que la vida era para ella un continuo sufrimiento; Coco es la que tiene una gran pesadumbre.

—¡Pobre Coco!—murmuró Albina. La escena de la muerte de Juan se la representó tan vivamente, que tuvo que pasarse la mano por las ojos para apartar la visión. ¡Pobre Magdalena! ¿qué será de ella?

—Esa es la cuestión precisamente—repuso Desroches. —No puedo tenerla conmigo, porque en mi vida íntima de solterón... No carece de fortuna, ¿sabe usted? No es rica, pero tiene de qué vivir, y yo la dejaré cuanto poseo... Esto, por supuesto, lo más tarde posible. Mientras tanto, ¿qué quiere usted que haga de esta muchacha? En mi casa es conveniente, pero al propio tiempo no deja de tener su contra. He pensado en una cosa que resolverá el problema.... Usted está sola todo el día, y podría tomar á Coco para que la sirviera de dama de compañía.

Desroches golpeaba una de sus manos, algo nervioso, con el guante que tenía en la otra. Albina respondió con un signo negativo, dirigiéndole una mirada que contenía todo un mundo de ideas.

—¿No? ¡Imposible! ¡Cómo no!—dijo con viveza, poniéndose colorado.

Albina repitió el mismo signo negativo, y Desroches le tendió la mano diciéndole. —Perdone usted.

Ambos permanecieron un instante silenciosos, llenos de inmensa tristeza; ella había bajado los ojos contemplando en su interior su ídolo hecho pedazos, su altar destruido, el naufragio de cuanto había creído, amado y esperado. Ni siquiera podía tener en su casa á una criatura que la amaba.

—Entonces—dijo Desroches—la tendré conmigo; no será muy cómodo, pero ¡bah! todo se arregla en este mundo... ¡Pobre Coco! al menos, vendrá á ver á usted con frecuencia.

—Todos los días—respondió vivamente Albina—y todo el día, con tal que no viva aquí....

—Comprendido.

Al marcharse se cruzó en la puerta con Juana, que volvía, trayendo con la mayor gravedad del mundo un platito lleno de leche con migas de pan.

—Cuide usted bien á su rorro, señorita—le dijo al salir.

Ya en la escalera, se volvió: por la puerta entreabierta vió á Juana en cuatro pies, inclinada sobre el plato; el cachorrito bebía con avidez y Albina les miraba sonriente.

—A falta de otra cosa mejor—pensó Desroches— un perro y los hijos ajenos son ya algo!



XXVI

Todavía es de noche en el estudio de Félix; esta vez es muy tarde, tan tarde, que el cielo comienza á clarear á través de las vidrieras. El alba de Mayo no se hará esperar; Albina se pasea sobre la alfombra, deteniéndose frecuentemente á causa de la extrema fatiga; pero cuando intenta sentarse, la intolerable agitación nerviosa la pone en pie al instante. El tic tac del reloj del comedor se percibe con claridad por toda la casa, en medio del silencio de la noche. ¡Qué silencio de muerte!

La mañana de aquel día levantose Félix de mal humor; un resplandor extraño brillaba en sus negros ojos, y su habitual espíritu de contradicción se hallaba particularmente sobreexcitado. Durante el almuerzo no había hecho más que impacientar á Albina con sus bromas á sangre fría, que la dejaban sin defensa. Marchose en seguida, respondiendo á la pregunta de: «¿Cuándo volverás?» con un brutal: «¡A la hora de comer, caramba!»

Pasó el día, y á las siete y media no había vuelto aún; de ordinario solía comer en su casa, encontrando la comida mejor que fuera, y por un resto de galantería para con su mujer, cuando se quedaba á comer en alguna parte, le mandaba aviso. Aquella tarde Albina le había esperado hasta las ocho en compañía de Coco, silenciosamente inquieta por semejante tardanza.

A las diez, Magdalena se fué á su casa y Albina tomó un libro. Eran las doce y veinte, cuando la joven más inquieta de lo que ella misma creía, trató de calmarse y se acostó. Félix tenía una llave; ¿por qué atormentarse por una cosa que sólo era una falta más de atención?

Dieron las dos: Albina no había podido quedarse dormida; en vano trataba de persuadirse á que Félix, encontrándose bien donde estaba, había tomado sencillamente la determinación de seguir allí; una última llamarada de su espiante ternura le inspiraba mil temores.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada! —se decía á cada momento.

¿Quién sabe? ¡tal vez en el fondo de su alma hubiese preferido verle traer herido á saber que estaba en casa de alguna mujer!

A las tres se levantó. Tenía un ruido de oídos insoportable, las ropas le abrasaban, la calma atmosférica de la habitación le asfixiaba; encendió una bujía y se sentó en una butaca, á los pies de la cama.

No, ella no podía soportar tal inacción; aguardar inmóvil cualquier acontecimiento cruel, es sufrir dos veces. Se fué al estudio, encendió el gas y se puso á pasear por aturdir su pensamiento.

Sabía que todo concluiría así; ¿no se lo había dicho á Desroches? Sabía que Félix cualquier noche se quedaría allí adonde su locura le hubiera arrastrado, sin preocuparse de su mujer, ni de la dignidad del hogar. Ese día había llegado, ¿de qué podía, pues, asombrarse?

¡Cuánta razón tenían las prudentes amigas: que, diez años antes, al ir á casarse, le hacían advertencias con palabras encubiertas! ¿Por qué no habían hablado claramente, diciendo todo lo que sabían para detenerla en el ara del altar?

¡Pobre Albina! Amor le había quitado todo: primero la alegría, después el amor, la confianza, la estima; ahora la amistad se iba también, y en su alma desierta no se alber-

gaba ningún sentimiento; sólo quedaba el sitio ensangrentado de donde arrancó sus ilusiones una á una.

De repente le asaltaba el temor de que le hubieran matado en desafío, á traición para robarle, en venganza ... ó acaso el vitriolo ... hay mujeres que no se resignan á ser abandonadas....

Paseaba febril, tropezando á veces con los muebles. La luz del día penetraba en la estancia, dando á la del gas la apariencia de los cirios que alumbran á los muertos. Apagó las luces y la habitación adquirió un aspecto imponente; jamás le había visto á aquella hora triste de la mañana. ¿Qué importaba la apariencia del cuarto?... ¡Su alma estaba mucho más llena de espantosa sombra!

Al hacer un movimiento derribó un montón de papeles de música que estaban colocados sobre una silla, y ante sus ojos apareció el *Canto de Bodas*.

Se encogió de hombros como sintiendo lástima de sí por haber amado, creído y llorado. ¡Aunque le hubieran traído moribundo no hubiera vertido una lágrima! ¡Si le hubieran matado, seguramente no sería por ella, si no á causa de alguna otra mujer.

Se echó á reír con una risa lastimera, y un débil gruñido le respondió desde el suelo; miró y vio al perro. Despertado por el ruido salió del canastillo en que dormía, dirigiéndose, vacilante aún, hacia su ama en demanda de una caricia.

Le cogió levantándole hasta la altura de su rostro, y el animalito reclinó con gusto su cabeza contra el tibio cuello de Albina.

—Un perro, no más que un perro queda en mi casa— pensó Albina. Y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Tenía frío; los ruidos de la ciudad comenzaban á dejarse sentir en las calles próximas; los pájaros piaban en los jardines que rodeaban el hotel; la noche había pasado ya; ¿qué la esperaba en aquel día? ¿Estaba viuda en aquella hora

matutina, cuando el sol naciente doraba las fachadas de las casas? ¿Viuda? Ciertamente, ¡jamás lo estaría tanto como en aquel momento!

La casa parecía caerle encima; ¿cuándo darían las seis?... Pensaba ir al cementerio, que era un refugio en los momentos de tristeza.

Fué á su cuarto y se arregló muy despacio, á fin de hacer tiempo. Por fin dieron las seis, pero tuvo miedo de salir tan pronto; ¿qué pensarían los criados? Además, la puerta del cementerio estaría cerrada.... Se sentó, concertando en su pensamiento un nuevo plan de vida para el porvenir.

Si es que había ocurrido un accidente á Félix, su conducta estaba trazada; le cuidaría, y una vez curado, acaso cambiaría de vida.

¡Ah! el miserable amor no quería morir. Albina golpeó su corazón, que se obstinaba en esperar

Y bien, sí, acaso Félix [cambiaría si alguna catástrofe hubiese trastornado su vida; pero de todos modos, Albina sólo sería para él una hermana. No quería participar más de aquellos regresos deshonorosos para la esposa que se toma y se deja cual si fuese una infeliz que se encuentra en medio de la calle, y que debe siempre considerarse dichosa con los caprichos de su dueño.

Solamente volviendo herido, enfermo, teniendo necesidad de sus cuidados, podría vivir al lado de Armor; y no se arrepentiría de estos nuevos trabajos con tal de devolverle al arte que había abandonado.

Albina percibió en la casa el ruido del despertar de sus habitantes; entonces se puso el sombrero decidida á ir, primero, al cementerio, y después á la prefectura de policía, si al volver á casa no encontraba en ella á Félix. ¡Había condenado muy pronto al pobre hombre! ¡Era demasiado impaciente! Y se avergonzaba de haberle acusado cuando seguramente era víctima de alguna siniestra aventura.

Antes de salir, y con objeto de que supiesen adónde

iba, llamó á su doncella, que acudió asustada, á medio vestir y con los cabellos en desorden.

Las calles presentan á estas horas un extraño aspecto para las personas que no tienen costumbre de frecuentarlas; nunca se encuentran en ellas los mismos rostros, idénticos trajes, ni coches iguales; Albina llegó al cementerio algo azorada por el temor y la vergüenza que le producía la idea de encontrarse con alguien, cual si cometiese alguna falta; las mujeres de su clase no están en la calle á hora tan temprana.

El calor de los rayos del sol que alumbraban el cementerio, lleno de flores y de insectos, regeneró á Albina mientras estaba en pie junto á la lápida sobre el suelo todavía frío.

¡Cuántas flores! ¿Había allí muchos muertos que llevasen el nombre de María para que el mes de Mayo les hubiese proporcionado tantas ofrendas?

Un éxtasis bienhechor se apoderó de la joven en medio de aquella tibia atmósfera de primavera, en que la luz nacarada tamizándose á través de los últimos restos de la bruma del alba, hacia el efecto de un rosado velo; sentose luego en un extremo de la lápida, débil y sin embargo, tranquilizada por el gozo que sentía en aquella hermosa mañana primaveral.

Comenzaba el día: ella también se hallaba en la mañana de la vida. A pesar de todo, la quedaban aún días de esplendente sol, noches cuajadas de estrellas, flores en los jardines y en los prados, teniendo además á Juana, á Coco, á Desroches, á Tom, á Lorenzo Pontet y tantos otros.... Una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios al pensar que había confundido á Tom y á Lorenzo [en el mismo recuerdo.

Una campana que se dejó sentir en aquel instante la sacó de sus reflexiones; se levantó y apoyando afectuosamente la mano sobre la lápida, como para decirle adiós, emprendió el camino de su casa.

Al llegar á la puerta, vió venir un coche á lo largo de la calle, é instintivamente se detuvo á esperarle. El vehiculo se aproximó á la acera, y la mano de Armor abrió la portezuela.

Albina se habia quedado inmóvil, petrificada en su temor, que pronto se convirtió en indignación. Félix se bajó, apareciendo con la pechera estropeada y los cabellos y la barba completamente en desorden, como un hombre que acaba de levantarse; sus facciones, los ojos hundidos y los pómulos rojos dábanle el aspecto de un hombre de mal vivir. No estaba muerto ni herido, no: estaba sencillamente derrengado.

Armor pagó al cochero y advirtió al instante la presencia de una mujer que le miraba. Llevado del instinto de los hombres de su jaez, la dirigió una de esas miradas siempre dispuestas á hacer una conquista, si la ocasión es propicia, cuando reconoció á su mujer.

—¿De dónde vienes á esta hora?—le preguntó con voz terrible, en que una horrorosa sospecha se mostraba en toda su desnudez.

Albina se estremeció como si la hubiese cruzado el rostro; pero reponiéndose muy luego, respondió con voz clara.

—Iba á buscarte á la Morgue. Félix hizo un espantoso gesto, y comprendiendo que aquel no era sitio á propósito para disputar, sacó su llave, abrió la puerta y entró seguido de Albina que no dijo ni una sola palabra.

XXVII

Dos horas más tarde, Albina entraba en casa de Desroches. Con entera calma le refirió cuanto había ocurrido, sin comentarios ni reflexiones que pudiesen herir á Félix.

Si ha podido sospechar de mí una vez, ¡y en qué circunstancias! la vida en común es imposible. Veremos más tarde de tomar una resolución definitiva. Por de pronto, me voy á Étretat. No hay nadie allí en este tiempo, y estaré tranquila. ¿Quiere usted dejarme á Coco?

Magdalena saltó de gozo ante la idea de acompañar á Albina donde quiera que fuese.

—¡Y Juana!—añadió la joven.

Antes de volver al hotel se pasó por la casa de la señora Maison.

—Déjeme usted á Juana—le dijo—por seis semanas ó dos meses. Le enviaré á la escuela en Étretat lo mismo que en París. Nos marchamos al mediodía.

Los padres titubearon en un principio, pero después dieron su consentimiento.

Albina mandó hacer la maleta, y al mediodía, el tren condujo á las tres viajeras acompañadas de Tom, cuyo cuidado corría especialmente á cargo de Juana.

Félix al entrar se había acostado entregándose á un profundo sueño; cuando despertó, pidiendo el almuerzo, su-

po que la señora se había marchado. ¿A dónde? Nadie lo sabía.

Mientras que almorzaba recibió la visita de Desroches.

—He visto á tu mujer esta mañana—le dijo,—me ha dicho que pensaba ausentarse por algún tiempo, si quieres tener noticias tuyas dirígete a mí

—¡Está bien!—exclamó Armor;—¿eres tú ahora el guardián de mi mujer?

—Se guardará muy bien sola—replicó friamente Desroches;—además, le he confiado á mi sobrina. Viendo que Félix no daba respuesta alguna, su amigo añadió levantándose:

—En casa del notario encontrarás la parte de sus rentas que te corresponde.

—¿Te vas ya?—dijo Armor con tono mal humorado.

—Si, tengo que hacer . . . Hasta la vista.

Félix le detuvo, agarrándole por el brazo con ademán violento.

—¿Es decir que soy una bestia, un miserable? ¿Mi mujer me deja arrojándome dinero como un hueso á un perro y tú por lo visto lo hallas bien?

—Por lo que al dinero se refiere, no tienes obligación de aceptarlo—dijo Desroches con tranquilidad.—En lo que concierne á la marcha de Albina, confesarás que ninguna razón tiene para estar aquí cuando tú no estás. . . .

—Armor se encogió de hombros

—Para una sola vez que he caído en falta encuentro demasiado el rigor que conmigo se emplea. Ya sabes el proverbio: El ruin para mal hacer, disculpas ha menester.

Desroches salió sin responder. Armor dirigió una mirada en torno suyo.

El comedor estaba triste sin el lindo rostro de Albina; é iba á hacer pronto diez años que nunca se había sentado sólo ante aquella mesa. . . . ¿Sería preciso resignarse á vivir solo en lo sucesivo? Dió la media vuelta y entró en su cuarto.

—¡Y bien, sea —dijo arrojando violentamente varios objetos en el interior de una maleta; —ella lo habrá querido! ¡Me voy adonde soy bien recibido! ¡Si me agrada quedarme allí, me quedaré! ¡Seré dueño de mis acciones. No veré más caras de vinagre al volver á casa. ¡Ha hecho perfectamente bien! ¡Era lo único que quedaba por hacer, vive Cristo!

Se detuvo cuando la maleta estaba llena y fué á sentarse en una silla para reflexionar. La actitud de Desroches no le agradaba, pues veía en ella una severa reconvención; si sus amigos se declaraban partidarios de su mujer, ya estaba divertido. El discurso de su suegra le vino á la memoria haciéndole sonreír. ¡He ahí una que habría inventado sus correspondientes historias si hubiese vivido! ¡Era una suerte no tener nada que temer por ese lado.

Se vistió, y luego que hubo fumado un buen cigarro salió á la calle. Nada había cambiado en París, nadie parecía haberse apercibido de la sorprendente metamorfosis que acababa de operarse en Armor, encadenado la víspera y libre hoy... libre al menos de su mujer, pues le aguardaban otras cadenas, de las que ya arrastraba una más pesada que la que el creía, pero que no le inquietaba, sabiendo que se libraría de ella siempre á cualquier precio que fuese.

Se paseó por los Campos Eliseos, tan lindos en aquella estación del año, y á eso de las seis de la tarde, habiéndose encontrado á la mujer que deseaba ver, se fué á comer alegrememente en su compañía en el pabellón de Armonville. Ni una vez se acordó de Albina. En los hombres de la ralea de Félix, el recuerdo de una mujer amada antes, no pesa más que las hojas del año pasado al árbol que ahora reverdece nuevamente.

XXVIII

Albina trabajaba una tarde en su jardín mientras que Tom se entretenía en abrir un agujero en la arena. Juana estaba en la escuela; los gritos de los muchachos que salían de clase le anunciaban su próxima vuelta. Coco, siempre entretenida en algún quehacer útil, había ido á vigilar la limpieza de la casa de su tío, cuya llegada no se haría esperar mucho.

El mes de Junio tocaba á su fin; una calma apacible reinaba en aquel ambiente estival, que ofrecía dulce reposo al alma y á los sentidos.

Albina no pensaba en cosas tristes: la sed de la vida que había experimentado en el cementerio la mañana de su salida de París, la siguió á Etretat, en donde gustaba al presente de la paz que sigue á las grandes agitaciones de la existencia.

Esta paz era doblemente bienhechora, pues su encanto había arrojado muy lejos en un pasado nebuloso todas las duras pruebas porque Albina pasara. Pensaba en su marido con cierto disgusto, pero sin cólera. ¡Pobre Félix! se decía de cuando en cuando. Y esta misma piedad carecía de amargura. ¡Estaba tan tranquila en el chalet! A veces, si se hubiera atrevido, hubiese confesado que se encontraba hasta dichosa.